

Roger Eatwell y Matthew Goodwin **Nacionalpopulismo**

Por qué está triunfando y de qué forma
es un reto para la democracia

PENÍNSULA ATALAYA



Roger Eatwell
Matthew Goodwin
Nacionalpopulismo

Por qué está triunfando y de qué forma
es un reto para la democracia

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

ediciones península

Título original: *National Populism: The Revolt Against Liberal Democracy*

© Roger Eatwell y Matthew Goodwin, 2018, 2019

Publicado de acuerdo con Brotherstone Creative Management
y The Foreign Office Agència Literària.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2019

© de la traducción del inglés: María Eugenia Santa Coloma Costea, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 4.852-2019
ISBN: 978-84-9942-802-4

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	11
1. Mitos	37
2. Promesas	75
3. Desconfianza	115
4. Destrucción	161
5. Privación	207
6. Desalineamiento	253
Conclusiones: Hacia el pospopulismo	295
Notas	319
Breve guía bibliográfica	355

MITOS

Existen numerosos mitos sobre el nacionalpopulismo. Desde Estados Unidos hasta Europa, los movimientos nacionalpopulistas se perciben como un refugio para los intolerantes sin razón, los fracasados sin trabajo, los marginados del Rust Belt, los votantes que se vieron seriamente afectados por la Gran Recesión y hombres mayores blancos y enfadados que pronto fallecerán y a quienes sustituirán *millennials* tolerantes. Bajo la sombra de Trump, el *brexit* y el auge del nacionalpopulismo en Europa, un sinfín de escritores han trazado una línea recta a una clase marginal blanca enajenada en los feudos industriales de Estados Unidos, jubilados enfadados en lánguidos complejos costeros de Inglaterra y desempleados en los yermos europeos.

Las personas tienden a reducir los movimientos de gran complejidad a «un tipo» de elector o a «una causa», porque quieren explicaciones llanas y directas. Sin embargo, cuando más de 62 millones de personas votaron a Trump, más de 17 millones al *brexit*, más de 10 millones a Marine Le Pen y casi 6 millones a Alternativa para Alemania, la idea de que los movimientos nacionalpopulistas se puedan reducir a estereotipos simplistas es ridícula. Existen asimismo implicaciones reales: un mal diagnóstico de las raíces de su apoyo hará que, a la larga, les resulte más difícil a sus adversarios volver a entrar en el juego.

DECLARACIONES ENGAÑOSAS Y EL CICLO VITAL

Los mitos están en auge. Lo fundamental es la idea de que el nacionalpopulismo se alimenta casi en exclusiva de los desempleados y de las personas con bajos ingresos o en situación de pobreza. Pero si bien existen diferencias entre países, ha arrojado de forma sorprendente sus amplias redes en la sociedad y busca sus votos entre los trabajadores a tiempo completo, los conservadores de clase media, los trabajadores por cuenta propia, personas con rentas medias o altas e incluso entre los jóvenes.

La tendencia de presentar a Trump como un refugio para los blancos que viven en la pobreza extrema, por poner un ejemplo, es sumamente problemática. Durante las elecciones primarias de Estados Unidos, los ingresos familiares medios de un votante de Trump eran de 72.000 dólares, comparados con los 61.000 dólares de los partidarios de Hillary Clinton y Bernie Sanders, y los 56.000 dólares de un individuo medio. En estados como Connecticut, Florida, Illinois, Nueva York y Texas, el votante medio de Trump ganó 20.000 dólares más por año que el promedio, reflejo de cómo los republicanos y los electores en las primarias tienden a estar en mejores condiciones. La idea de que fueron los pobres blancos quienes salieron en tropel a por Trump también se ha socavado al constatar que las dificultades económicas fueron en realidad un indicador más sólido del apoyo a Hillary Clinton.¹

De hecho, en la primavera de 2018, el politólogo Matt Grossmann examinó prácticamente todos los estudios que se habían hecho hasta el momento sobre el electorado de Trump. Si bien encontró bastantes desacuerdos, observó asimismo que las conclusiones predominantes eran claras: la actitud frente a la raza, el sexo y el cambio cultural jugaban un papel importante, mientras que las circunstancias económicas objetivas desempeñaban tan solo un papel limitado. De modo similar, la

influyente erudita Diana Mutz constató que los cambios en el bienestar financiero de las personas eran en realidad insignificantes a la hora de explicar el apoyo a Trump. No eran nada en comparación con las preocupaciones de los ciudadanos sobre el aumento de unos «Estados Unidos de mayorías-minorías», que vieron como una amenaza a la posición dominante de su grupo. «Quienes sintieron que la jerarquía se estaba poniendo patas arriba, con los blancos más discriminados que los negros, los cristianos más discriminados que los musulmanes y los hombres más discriminados que las mujeres, fueron quienes probablemente más apoyaron a Trump.»²

Y si no, miremos el *brexít*. Algunos comprobaron el sorprendente resultado para las nefastas condiciones macroeconómicas, a pesar de que la votación tuvo lugar cuando el desempleo en el Reino Unido se acercó a la tasa más baja desde la década de 1970. La intención de que el Reino Unido pusiera fin a su adhesión a la Unión Europea cobró popularidad entre las personas con rentas bajas, pero también prestaron su apoyo al *brexít* —un 51 %— quienes tenían rentas medias o justo por encima de la media. La salida del Reino Unido fue aplaudida en las ciudades industriales que atraviesan dificultades, aunque también fue acogida con satisfacción en los condados conservadores prósperos.³

Otro mito popular es que toda esta inestabilidad tiene su origen en la crisis financiera mundial que estalló en 2008, la Gran Recesión y la consiguiente austeridad que se impuso en las democracias europeas. Desde este punto de vista, el nacionalpopulismo está impulsado por las personas económicamente desfavorecidas que sufrieron los estragos económicos posteriores a 2008. Con posterioridad a Trump y el *brexít*, Martin Wolf, columnista del *Financial Times*, sostuvo que la crisis financiera «dio el pistoletazo de salida al auge del populismo». Tampoco estaba solo. Los economistas hicieron un segui-

miento de lo que denominaron el «síndrome *brexit*-Trump» para los mercados no regulados, los severos recortes del gasto público y una pérdida de confianza en la ortodoxia económica. En sus palabras: «Es la economía, imbécil».⁴

Este «relato de la crisis» se ha visto muy influenciado por lo ocurrido en el periodo de entreguerras en Europa y el apogeo del nazismo que siguió al crac de 1929 y la Gran Depresión. Se pasa por alto que Mussolini y los fascistas italianos asumieron el poder once años antes, así como también que unas condiciones económicas igualmente terribles en otros países europeos no desencadenaron el aumento del fascismo. Otros acontecimientos recientes han fomentado asimismo el relato de la crisis, como el repentino avance en Grecia de un movimiento neonazi llamado Amanecer Dorado. En 2012, en medio de un colapso financiero casi total, un partido que organizaba bancos de alimentos «solo griegos» y marchas con antorchas y que exigió que las empresas sustituyeran a los trabajadores extranjeros por otros de origen griego obtuvo los primeros escaños en el Parlamento griego. Para muchos observadores, el acto confirmó la hipótesis de que las crisis económicas son sinónimo de extremismos políticos. Lo mismo ocurrió con la llegada del nacionalpopulismo a raíz de la crisis financiera en democracias que se pensaba que eran inmunes a esta fuerza, como es el caso de Finlandia, Alemania y Suecia.

No cabe ninguna duda de que la crisis financiera dio más espacio a los nacionalpopulistas. Al margen de exacerbar las diferencias existentes entre los electores, contribuyó a una pérdida de apoyo a los partidos tradicionales y a unos niveles sin precedentes de inestabilidad política en Europa, donde los ciudadanos estaban mucho más dispuestos a cambiar su lealtad de unas elecciones a otras, como veremos en el capítulo 6. Así pues, las crisis son importantes. Pero el concepto, que es la causa principal, no convence en absoluto. Si todo lo que

se necesitaba era una crisis, entonces, ¿por qué no se produjo una reacción parecida con crisis anteriores, como la crisis del precio del petróleo de los años setenta? ¿Por qué en las democracias más afectadas por la Gran Recesión, como Irlanda, Portugal o España antes de finales de 2018, las revueltas nacionalpopulistas no han llegado a buen fin? A su vez, ¿por qué los movimientos nacionalpopulistas más fructíferos han surgido en economías fuertes y en expansión, con unas tasas bajas de desempleo, como Austria, los Países Bajos o Suiza? Y si en verdad hay que culpar a la crisis financiera, ¿cómo se explica que esta revuelta contra la democracia liberal haya comenzado mucho antes de la quiebra de Lehman Brothers?

Es importante trazar el ciclo vital del nacionalpopulismo porque cuestiona la idea de que lo que estamos presenciando es nuevo y nos recuerda que debemos tomarnos seriamente este cambio profundo y a largo plazo. Como sabrán los lectores con buena memoria, en realidad los nacionalpopulistas más importantes en la posguerra europea hicieron su aparición en los ochenta. Entre ellos se encuentran Jean-Marie Le Pen en Francia y Jörg Haider en Austria, que surgieron con promesas de atajar la inmigración, reforzar el orden público y luchar contra una clase dirigente «corrupta». Y resultó que duraron mucho más de lo que numerosos analistas predijeron; crearon su apoyo en ciclos económicos distintos y cultivaron una sólida relación con grupos importantes de la sociedad. Sentaron las bases de lo que estamos presenciando en gran parte de Europa en la actualidad.

En 1988, el mismo año en que George H. W. Bush fue elegido presidente de Estados Unidos, Jean-Marie Le Pen sorprendió a los franceses al obtener el 14 % de los votos en las elecciones presidenciales. Su eslogan era muy sencillo: «Le Pen, *le peuple*» (Le Pen, el pueblo). Como líder del Frente Nacional (llamado ahora Agrupación Nacional), se mantuvo firme

en el panorama y, catorce años más tarde, en 2002, sacudió al mundo al lograr entrar en la fase final de las elecciones presidenciales. Le Pen no ganó, pero aun así supuso un gran golpe. Con un enérgico ataque a los partidos mayoritarios, presentó el Frente Nacional como el único partido capaz de resolver las divisiones socioeconómicas del país, frenar la inmigración, construir 200.000 calabozos más, reintroducir la pena de muerte para luchar contra el aumento de la criminalidad, utilizar los derechos de importación para proteger los puestos de trabajo en Francia, descartar el euro como moneda única y sacar a Francia de la Unión Europea.

Pronto llegarían otros. En los años noventa y en la primera década del siglo actual surgieron diversos nacionalpopulistas en los países occidentales. Un amplio estudio realizado en diecisiete democracias en Europa reveló que el grueso del crecimiento del nacionalpopulismo se produjo antes de la crisis financiera y obtuvo a menudo sus mayores logros en zonas que escaparon a los peores efectos de la debacle.⁵ En el Reino Unido, a pesar de que muchos autores rastrearían después el *brexít* hasta la austeridad que siguió a la crisis, olvidaron que, en 2004, Nigel Farage y el UKIP lograron su primer gran éxito, que llegó tras cuarenta y ocho trimestres consecutivos de expansión económica. Farage, al igual que otros, obtuvo votos no solo de una clase trabajadora con empleo, a pesar de ser precario, sino también de una relativamente acomodada clase media conservadora. Los movimientos nacionalpopulistas también surgieron en otros países: la Liga en Italia, el Partido Progresista en Noruega, Ley y Justicia en Polonia, el Partido Popular en Dinamarca y Suiza y el Fidesz de Viktor Orbán en Hungría. A comienzos de este siglo, el éxito de algunos de ellos fue tal que entraron a formar parte del Gobierno, ya sea directamente o como parte de una coalición. Muchos estaban ya bien encaminados mucho antes de la crisis y del presidente Trump.

¿HOMBRES MAYORES BLANCOS Y ENFADADOS?

El segundo mito imperante es que el apoyo nacionalpopulista proviene por completo de hombres mayores blancos que pronto abandonarán este mundo. Se trata de un discurso cómodo para los liberales, porque implica que no precisan acercarse a ninguna de las ideas del nacionalpopulismo, como la importancia de la comunidad y el deseo de ser escuchados y no ignorados o menospreciados. Más bien, lo único que necesitan es esperar a que los jubilados traspasen el horizonte, momento en que los *millennials* liberales tomarán el mando, socialmente hablando, y las poblaciones occidentales serán cada vez más diversas étnica y culturalmente. Esta visión ha contado con el apoyo de, entre otros, el columnista del *Financial Times* Janan Ganesh, quien argumentó que el *brexit* era «tan bueno como lo serán las cosas para los conservadores tradicionales», puesto que su apoyo, con el paso del tiempo, se verá menoscabado por el cambio generacional.⁶

Esas voces ponen de manifiesto las grandes diferencias de perspectiva entre los jóvenes y los mayores. En 2018, por ejemplo, se consultó a los británicos si la votación sobre el *brexit* había sido o no un error. Un 65 % de los jubilados pensó que había sido la decisión correcta, mientras que un 68 % de los jóvenes entre dieciocho y veinticuatro años opinó que había sido un error. Un autor calculó incluso que si se asume que las tasas de natalidad y mortalidad en el Reino Unido se mantienen constantes y que los jóvenes seguirán siendo más partidarios de la Unión Europea, los que «quedan» ¡tendrán una amplia mayoría en 2022! No obstante, los liberales exageran de forma sistemática tanto el ritmo como la magnitud del cambio generacional. Pasan por alto que mientras los jóvenes suelen tender a ser menos racistas, unos cuantos son instintivamente receptivos al nacionalpopulismo.

Pensemos en Estados Unidos. No menos del 41 % de los *millennials* blancos secundaron a Trump; solían carecer de una titulación universitaria, trabajaban a tiempo completo y, en realidad, era menos probable que tuvieran ingresos bajos que quienes no apoyaron a Trump. Contrariamente a la afirmación de que a los jóvenes no les importan cuestiones como la inmigración, estos estadounidenses más jóvenes estaban sumamente interesados en la «vulnerabilidad blanca», esto es, la percepción de que los blancos, sin tener ninguna culpa, están perdiendo terreno frente a otros en la sociedad, un punto de vista íntimamente ligado a su resentimiento hacia otros grupos raciales. Como sostenían los autores de un estudio:

Muchos estadounidenses blancos se sienten incómodos con lo que ven como su futuro, rodeados como lo están por una creciente diversidad racial y cultural en los principales medios de comunicación, la política, el espectáculo y la música. Los *millennials* blancos forman parte de la generación más diversa de Estados Unidos..., pero no todos se sienten cómodos con ello.⁷

O pensemos en el Reino Unido. Sin duda, los nacionalpopulistas como Nigel Farage —quien exhortó a los ciudadanos a «decir no» a una inmigración en masa, la Unión Europea y los políticos de Westminster— dependían en gran medida de los votos de los jubilados. De entre sus partidarios, solo uno de cada diez tenía menos de treinta y cinco años, mientras que desde la votación del *brexit*, siete de cada diez entre dieciocho y veinticuatro años apoyaron a Jeremy Corbyn, líder de la izquierda radical y liberal cultural del Partido Laborista, a quien muchos comparan con Bernie Sanders.

Estas generaciones diversas han tenido experiencias de vida radicalmente distintas. Los electores de mayor edad que apoyaron a Farage cumplieron la mayoría de edad en una época muy

diferente, cuando el Reino Unido era predominantemente blanco y las opiniones racistas eran habituales, la memoria colectiva del Imperio y la victoria en la Segunda Guerra Mundial eran importantes, la enseñanza universitaria era infrecuente, el aborto y la homosexualidad eran ilegales y la pena de muerte se siguió utilizando hasta los años sesenta. En marcado contraste, los *millennials* jóvenes que apoyan a Jeremy Corbyn nacieron entre la década de los ochenta y los primeros años del siglo XXI: solo han conocido un Reino Unido que forma parte de la Unión Europea, que tiene unas tasas de inmigración elevadas, donde ir a la universidad es lo habitual y en el que la mayoría de los políticos respaldan un consenso liberal que apoya la inmigración y la Unión Europea.⁸

Sin embargo, este debate dual de «jóvenes contra mayores» simplifica en exceso un panorama complejo. Bajo estas amplias pinceladas, está el hecho de que el *brexit* fue refrendado por uno de cada cuatro graduados británicos, una de cada dos mujeres, uno de cada dos ciudadanos en zonas urbanas, unas dos quintas partes de quienes tenían entre dieciocho y treinta y cuatro años, y la mitad entre los de treinta y cinco a cuarenta y cuatro años. Si estos electores, que suelen estar al margen de los debates sobre el populismo, no hubiesen votado a favor del *brexit*, el Reino Unido seguiría estando en la Unión Europea. Desestimar simplemente los movimientos nacionalpopulistas como la última morada para los ancianos es sumamente engañoso.

También cae en la trampa de asumir que sus partidarios son solo blancos. Si bien esto es más cierto en Europa, pasa por alto conclusiones importantes. Pese a describir a los inmigrantes como narcotraficantes y violadores, Trump obtuvo aun así un 28 % del voto latino, mientras que Clinton logró peores resultados entre su grupo en relación con Obama. Trump obtuvo asimismo más de la mitad del voto cubanoamericano en

el estado clave de Florida (a pesar de que, a la larga, parece que este grupo deriva hacia los demócratas).

Políticos liberales de alto nivel como Vince Cable rechazaron el *brexít* por considerarlo un voto de personas mayores que anhelaban un mundo con «rostros blancos» y donde el mapa del mundo era de «color rosa imperial», como lo fue durante la época del Imperio británico. Pero esta caricatura no encaja fácilmente con el hecho de que uno de cada tres votantes negros y quienes pertenecían a minorías étnicas apoyaron el *brexít*, algunos de los cuales sentían que la política liberal de inmigración del Reino Unido estaba dando un trato preferente a los inmigrantes procedentes de Europa en perjuicio de los de fuera del continente europeo, o con quienes estaban preocupados por las tasas de inmigración sin precedentes en la historia que se habían producido en la década anterior al referéndum. Este apoyo que no procedía de los blancos era patente en lugares como Birmingham, Bradford, Luton y Slough, que cuentan con importantes comunidades pertenecientes a minorías étnicas originarias del sudeste asiático.

El perfil de edad de estos partidarios también se aleja mucho del discurso de los hombres mayores enfadados. En muchas democracias europeas, el nacionalpopulismo obtiene muchos votos entre los menores de cuarenta años. Veamos algunos ejemplos. En Italia, el movimiento nacionalpopulista la Liga ha logrado su apoyo de forma bastante uniforme a lo largo de generaciones, entre los que se encuentran jóvenes italianos preocupados por la inmigración (de hecho, los de edad comprendida entre los dieciocho y los cuarenta y nueve años eran más proclives que los jubilados a ver que esta es una cuestión fundamental que afecta al país). En Francia, cuando Marine Le Pen no logró la presidencia, aún convenció a más personas entre dieciocho y treinta y cuatro años en la primera vuelta que cualquier otro candidato. En Austria, más de la mitad de

los hombres entre dieciocho y veintinueve años votó por el candidato a la presidencia del Partido de la Libertad, a cuyo líder le gustaba el rap y hacer campaña en los clubes nocturnos para lograr el apoyo de los jóvenes. En Alemania, Alternativa para Alemania hace un enérgico llamamiento no solo a los jubilados ancianos con recuerdos lejanos del nazismo, sino a los ciudadanos entre veinticinco y cincuenta años, que no tienen relación directa con ese periodo de la historia.⁹ Y antes de las elecciones suecas en 2018, el partido nacionalpopulista Demócratas de Suecia fue el segundo en popularidad entre las personas de dieciocho a treinta y cuatro años, y el más popular entre los de treinta y cinco a cincuenta y cuatro.

En Grecia, asimismo, el partido neonazi Amanecer Dorado obtuvo la mayoría del apoyo de varones jóvenes, personas con solo estudios secundarios que consideraban que su posición en la sociedad había empeorado con respecto a los demás. En Hungría, donde los nacionalpopulistas son fuertes, el movimiento Jobbik (un juego de palabras con *jobb*, que puede significar ‘mejor’ y ‘derecha’) es popular entre los varones jóvenes, que se muestran hostiles ante la minoría romaní y también ante los judíos. Y mientras el UKIP confía en el apoyo de los mayores, la edad media de los *leavers* en el referéndum del *brexit* fue de cincuenta y dos años, personas que difícilmente están a punto de estirar la pata.

Tampoco deberíamos perder de vista el panorama general. En Estados Unidos, mientras Trump celebraba el final de su primer año en la Casa Blanca, el Pew Research Center halló que si bien en las últimas décadas los *millennials* han pasado a ser más liberales, un 43 % todavía mantiene unos valores claramente conservadores o mixtos, mientras que solo el 25 % se podría describir como «siempre liberales».¹⁰ Investigaciones llevadas a cabo en jóvenes estadounidenses de la generación iGen más reciente, nacidos entre 1995 y 2012, sugieren que

la proporción de estudiantes de último curso de secundaria que se identifican como conservadores ha aumentado a casi un 30 %, lo que los convierte en más conservadores que los adolescentes de la generación X durante la época de Reagan. Criados en medio de la Gran Recesión, una desigualdad galopante y un cambio étnico excesivo, algunos de estos jóvenes estadounidenses hablaron abiertamente de su preocupación por la inmigración. Otros incluso fueron más allá, como sucede con uno de cada seis blancos de dieciocho años, que expresaron a los investigadores que sentían que sería mejor para ellos no tener que estar en estrecho contacto con otras razas en su vida cotidiana. O miremos al Reino Unido. En la primavera de 2018, el 41 % de las personas entre dieciocho y veinticuatro años y el 58 % de entre veinticinco y cuarenta y nueve años tenían la sensación de que la inmigración al país era «demasiado alta».¹¹

La cuestión es que solemos hablar del cambio generacional en términos generales, pero si se analiza en detalle, el panorama que encontramos es mucho más variado que lo que sugieren los titulares. La idea de que Occidente ha emprendido un viaje sin retorno hacia un futuro liberal también se ve obstaculizada por otra investigación sobre cómo afecta el envejecimiento a nuestro panorama político. En el Reino Unido, el catedrático James Tilley, de la Universidad de Oxford, hizo un seguimiento de las mismas personas durante un largo periodo y observó que, a medida que pasaban los años, se producía un aumento del apoyo al Partido Conservador, de derechas, del 0,38 %. Hoy esto puede parecer insignificante, pero, a lo largo de una vida, va sumando y constituye gran parte de la brecha, si no toda, en el apoyo al Partido Conservador entre los jóvenes y las personas mayores. Como señala Tilley, dado que todos envejecemos y asumimos una mayor responsabilidad en la vida, cada vez somos más receptivos, de forma instintiva, a

los partidos que quieren conservar el *statu quo*. Además, las poblaciones en Occidente no solo están envejeciendo, sino que es más probable que voten los ancianos, lo que implica que, a largo plazo, los conservadores de derechas no deberían preocuparse en exceso sobre el declive de sus partidarios.¹²

Los populistas también se suelen presentar como tentadores solo para los varones, pero si se observa más de cerca el género, el panorama que se obtiene es distinto. Hillary Clinton obtuvo el apoyo sobre todo de las mujeres, pero se calcula que un 53 % de mujeres blancas respaldaron a Trump, quien había hecho unas declaraciones despectivas sobre ellas. Clinton sugeriría posteriormente que estas mujeres estaban presionadas por sus maridos o parejas para que optaran por Trump o incluso no votaran, algo que restó importancia a la posibilidad de que hubieran sido ellas quienes hubiesen tomado sus propias decisiones. En el Reino Unido, tanto los hombres como las mujeres tenían la misma probabilidad de apoyar el *brexít*; y si bien los nacionalpopulistas en Europa obtuvieron más votos masculinos, algunos como Marine Le Pen, que se acercó a las mujeres, han cerrado recientemente la «brecha de género». Entre 1988 y 2017, el porcentaje de francesas entre dieciocho y veintiséis años que votaban por primera vez y que decidieron apoyar a la familia nacionalpopulista Le Pen en las elecciones presidenciales a Francia aumentó de un 9 % a un 32 %. En efecto, en 2017 estas jóvenes y mujeres entre cuarenta y siete y sesenta y seis años tuvieron más probabilidades de hacerlo que los hombres. Esto no quiere decir que, en general en Europa, sea mucho más probable que las mujeres voten por los nacionalpopulistas que los hombres —no es así—, pero existen casos en los que las pruebas contradicen los estereotipos.¹³

Por otra parte, existen buenas razones para predecir que el discurso sobre los hombres mayores blancos podría llevar a una mayor polarización y hacer que las cosas empeoren para

los principales liberales. En Estados Unidos, parece probable que a Trump le ayudó el clamor popular entre los demócratas de que él sencillamente no podría ganar por el modo en que Estados Unidos se estaba transformando rápidamente en un país más diverso en términos étnicos y culturales. Estos argumentos recibieron el impulso de personas como el encuestador demócrata Stan Greenberg, quien en su libro *America Ascendant* indica enérgicamente que el futuro pertenece a los demócratas por el modo en que Estados Unidos se está tornando más instruida y diversa étnicamente.¹⁴ Una coalición en «nuevo auge», formada por graduados *millennials*, culturalmente liberales y minorías, impulsará a un demócrata tras otro a la Casa Blanca; esa era la idea.

Sin embargo, a menudo la gente exagera. En Occidente, como comentaremos en el capítulo 3, los no titulados siguen superando ampliamente en número a los titulados, como lo hicieron en los estados clave del Rust Belt en Estados Unidos, algo que explica en parte el éxito de Trump. Además, en el momento decisivo de los comicios, cuando hay mucho en juego, como en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016 y el referéndum sobre el *brexít*, los principales grupos en la supuesta coalición en alza fracasaron en movilizarse en masa.

Hillary Clinton se vio perjudicada por un índice de participación inferior al esperado entre los afroamericanos, los jóvenes pertenecientes a minorías y los estudiantes *millennials*. En el Reino Unido, la facción *remain* tuvo dificultades debido a que los índices de participación en las ciudades universitarias y en los barrios hípster culturalmente liberales de Londres no coincidieron con los de los barrios obreros, donde los partidarios del *brexít* estaban más dispuestos a expresar su opinión. Paradójicamente, cuando se presentó una petición para darle la vuelta al resultado del referéndum, atrajo a numerosos firmantes en barrios hípster como Camden, Hackney y Shore-

ditch, en los que la participación fue inferior a lo esperado cuando de verdad importaba. El discurso de un futuro liberal inevitable probablemente alentó estas diferencias en la afluencia a las urnas. Los vaticinios sobre un cambio rápido en el país alarmaron a quienes ya lo estaban, acrecentaron los temores sobre un futuro cambio étnico y afianzaron la creencia de que era en efecto su «última oportunidad» para poner las preocupaciones sobre la mesa antes de que fuera demasiado tarde.

UNA ALIANZA DIVERSA

Los discursos engañosos nos distraen de que, en realidad, el nacionalpopulismo insta a una gran alianza de distintos grupos en la sociedad. A pesar de que normalmente se presenta como un refugio para un único tipo de votante, de hecho exhorta firmemente a una coalición de los grupos principales, si bien en su núcleo están los trabajadores blancos. Tanto Trump como el *brexit* fueron impulsados por encima de la línea ganadora por una coalición de electores débil pero comprometida, a menudo procedentes de diferentes ámbitos, pero unidos por sus valores y preocupaciones compartidos.

En la actualidad, es justo reconocer que Trump no es en verdad un nacionalpopulista como lo son otros personajes semejantes en Europa. Nigel Farage en el Reino Unido y Marine Le Pen en Francia son auténticos intrusos que nunca han sido aceptados por la corriente principal. Son líderes de sus propios partidos. Trump, por el contrario, se hizo cargo eficazmente del Partido Republicano mayoritario, que al final lo acogió. Conquistó la Casa Blanca, no solo movilizándolo a los estadounidenses en los estados indecisos, sino también conservando la amplia mayoría de los republicanos tradicionales que habían votado a Mitt Romney en 2012. Como

consecuencia, obtuvo el apoyo de una minoría considerable de sus votantes, aunque tenían grandes reservas acerca de su estilo y sus políticas; no obstante, inspiró asimismo al núcleo duro, que mayormente le mostró lealtad después de su investidura.

El *brexít* tampoco fue una revuelta nacionalpopulista típica. A pesar de que la votación sorpresa para la salida del Reino Unido de la Unión Europea se presentó como parte de una oleada populista, había algunos factores singulares en juego. La votación del *brexít* no se planteó como unas elecciones normales, sino como un referéndum binario —permanecer o salir—, que alcanzó un nivel de participación del 72 %, el más alto en unas elecciones nacionales en veinticinco años. Del mismo modo que Trump no puede entenderse sin hacer referencia a la larga herencia populista de Estados Unidos, de la que hablaremos más tarde, el *brexít* no se puede entender por completo sin referirse a una tradición añeja en el Reino Unido (o, para ser más exactos, en Inglaterra): la gran desconfianza de la opinión pública sobre la idea de integrar políticamente el país en Europa. Esta hostilidad latente ha experimentado altibajos en el Partido Conservador tradicional, que vio la Unión Europea como una amenaza a la soberanía nacional, y también preocupa a algunos en el Partido Laborista, que temen que la Unión Europea menoscabe los derechos de los trabajadores y sea un medio para los capitalistas defensores del libre mercado y la promoción de los intereses de Estados Unidos.

Dicho esto, estos movimientos compartían aspectos comunes. La tendencia a considerar al electorado de Trump como un bloque homogéneo de blancos pobres es engañosa. No solo exhortó a una clase marginal blanca empobrecida del tipo descrito en el libro superventas *Hillbilly, una elegía rural*,¹⁵ sino que, en realidad, para conquistar la Casa Blanca atrajo a

una gran alianza de blancos sin títulos universitarios y a los socialconservadores tradicionales que, en general, solían votar a los republicanos.

En contra de lo que se cree popularmente, muchos partidarios de Trump no se encontraban en el nivel más bajo de la escala económica. Como ha puesto de manifiesto la analista Emily Ekins, su mensaje tuvo eco entre numerosos grupos distintos. Uno de los más importantes fueron los que ella denomina conservadores incondicionales, un grupo de inquebrantables conservadores fiscales, tradicionalistas morales y republicanos leales que solían ser de clase media, tenían una formación moderada, estaban interesados en la política y que dieron su apoyo a Trump en las primarias. Un segundo grupo, también grande, fueron los defensores del libre mercado, conservadores fiscales de un Gobierno pequeño y fervientes libre-cambistas que despreciaban a Clinton, de mediana edad, con ingresos altos y que generalmente poseían su propia vivienda. En conjunto, estos dos grupos considerados republicanos y conservadores comprendían más de la mitad del electorado de Trump. Sin estos republicanos bastante moderados, que solían tener buenos ingresos, nunca habría ganado.¹⁶

No obstante, Trump también recurrió vivamente a unos pocos grupos básicos de electores que se aproximaban mucho más al perfil de los votantes nacionalpopulistas europeos. Sus más leales seguidores eran los preservacionistas. Estos votantes, muy partidarios de Trump, tenían por lo general solo estudios secundarios y vivían en hogares con bajos ingresos, inferiores a 50.000 dólares anuales. Tenían mucho en común con otros dos elementos que fueron clave para su victoria: las antiélites, que tendían a estar en una mejor situación, aunque estaban muy insatisfechas con el *statu quo*, y los desconectados, una población pequeña sin apenas conocimientos políticos, pero que acabó votando por Trump. Fue la combinación de

estos cinco grupos bastante diversos que se unieron para alzar la voz y decir «*Make America Great Again*»* y que impulsó a Trump a la Casa Blanca (y que seguramente continuará estando abierta al llamamiento «Que Estados Unidos siga siendo grande» si Trump se presenta de nuevo en 2020).

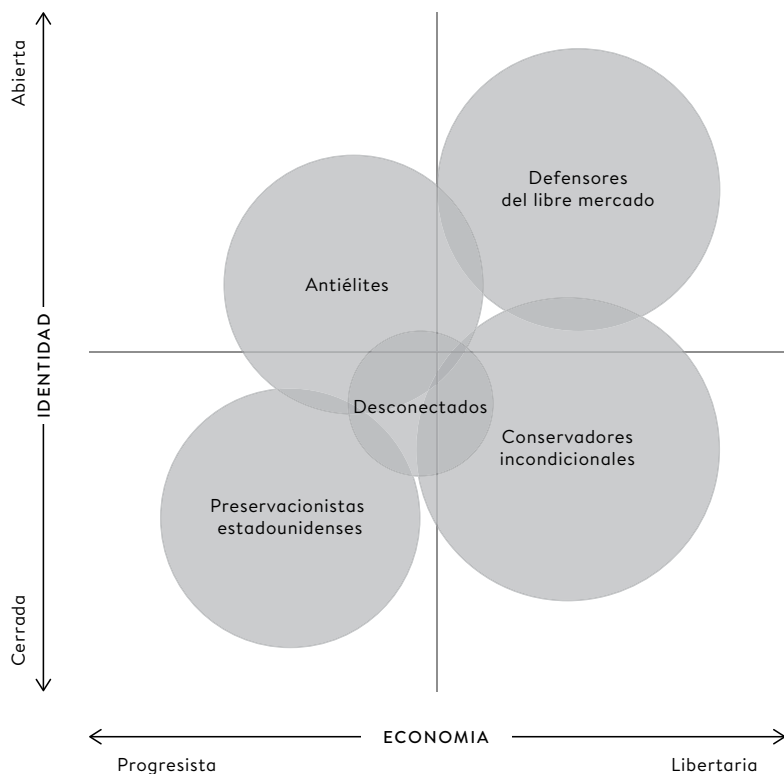
Lo que la mayoría de los partidarios de Trump tenían en común eran sus opiniones republicanas relativamente tradicionales. En comparación con los estadounidenses que no lo apoyaron, tendían a oponerse al matrimonio gay, a estar en contra del aborto más que a favor de él, a creer que las mujeres que se quejan de acoso causan más problemas de los que resuelven, a apoyar la pena de muerte, a describirse a sí mismos como tradicionales, a creer que la vida en Estados Unidos hoy es peor de lo que lo fue hace cincuenta años y a oponerse a una discriminación positiva en favor de las mujeres y los grupos minoritarios. Si se exceptúan los defensores del libre mercado, también tenían más probabilidades que otros votantes de sentir que para un niño es más importante ser obediente que autosuficiente, una mentalidad que refleja sus valores tradicionales, que dan prioridad al orden, la estabilidad y la conformidad del grupo. Y la mayoría de ellos votaron a Trump, más que en contra de Clinton. Aunque suelen mantener opiniones distintas sobre la economía, muchos comparten puntos de vista similares sobre cuestiones culturales como la inmigración, aunque estas dominaron sobre todo el pensamiento de sus partidarios más incondicionales.

Asimismo, el *brexit* estuvo a cargo de un mosaico de grupos con valores compartidos. Al igual que en Estados Unidos, los ciudadanos se apresuraron a apartar los estereotipos simplistas. Los intentos por explicar el voto rápidamente se centraron en la clase trabajadora blanca. Si bien el 52 % de los votantes apoya-

* «Que Estados Unidos vuelva a ser grande.» (*N. de la t.*)

MITOS

Figura 1.1. COMPARACIÓN DE LOS VOTANTES DE TRUMP EN UN MAPA POLÍTICO. LOS EJES SE APROXIMAN AL VOTANTE MEDIO DE TRUMP.



ron el *brexít*, la cifra asciende al 60 % entre la clase trabajadora y al 70 % entre los jubilados de la clase trabajadora. Un tuit que se convirtió en viral tras el resultado presentaba a las personas favorables al *brexít* como casi exclusivamente blancas y ancianas. Uno de ellos fue un hombre mayor quien, según se contó a los lectores, vivía en un municipio formado solo por blancos en el que nunca había habido inmigrantes. Otro caso fue el de una anciana que «falleció a causa de la edad dos días después de la votación».

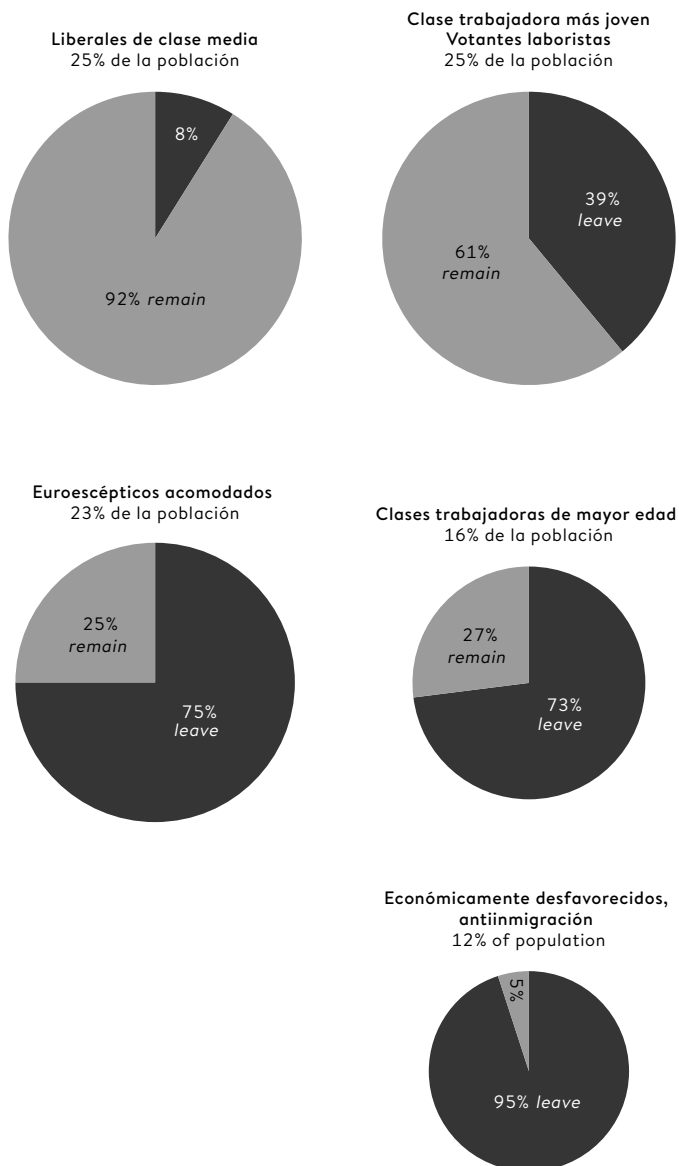
Sin embargo, al igual que con Trump, había en realidad numerosos elementos que llevaron al *brexít*. No lo dictó un solo grupo, sino una alianza diversa formada por personas que compartían intensamente unas pocas inquietudes. Fueron tres los grupos principales. Los euroescépticos acomodados apoyaban al Partido Conservador y solían ser personas pudientes. Aproximadamente la mitad formaban parte de la clase trabajadora, pero menos de uno de cada ocho afirmaron tener problemas financieros. La clase trabajadora de más edad estaba compuesta por personas que también se inclinaban por el Partido Conservador. Se veían a sí mismos como una clase trabajadora más fuerte, eran ambiciosos, tenían firmes convicciones socialconservadoras, eran patrióticos y sin duda les habría gustado mucho Margaret Thatcher. No solían tener dificultades económicas; solo uno de cada cuatro declaró que le resultaba difícil arreglárselas. El tercer grupo, más pequeño, estaba formado por los económicamente desfavorecidos. Son personas que trataban de rechazar por completo la política convencional, que a menudo habían votado a Nigel Farage en el pasado, estaban considerados firmemente como clase trabajadora y tenían dificultades económicas. Estas personas también estaban preocupadas por el tema concreto de la inmigración, a pesar de que los tres grupos tenían opiniones semejantes sobre la cuestión, como veremos después.¹⁷

En lo que respecta a los nacionalpopulistas en Europa, el panorama es algo distinto. Trump y el *brexít* fueron campañas amplias y fructíferas que echaron sus redes de forma considerable en la sociedad. Los nacionalpopulistas en Europa han tenido, por lo general, menos éxito, a pesar de haber formado una coalición de simpatizantes por derecho propio que tiene mucho en común con el *brexít* y Trump.

Sobre todo desde finales de la década de 1990, partidos como el Frente Nacional en Francia y el Partido de la Libertad

MITOS

Figura 1.2. VOTACIÓN DE LOS DISTINTOS GRUPOS EN EL REFERÉNDUM DE PERMANENCIA DEL REINO UNIDO EN LA UNIÓN EUROPEA.



en Austria y los Países Bajos han obtenido gran parte de su apoyo no de personas situadas en el nivel más bajo de la escala económica, sino de trabajadores semicualificados y cualificados, algunos de ellos con conocimientos especializados, como los mecánicos o los operarios en fábricas. Considerando que los desempleados y quienes dependen de la ayuda social a menudo evitan votar, los trabajadores manuales se insertan, por un lado, en la clase media, y, por otro, en la de los desempleados.¹⁸ Son especialmente propensos a sentir que pierden respecto a los demás en la sociedad, o que algunos grupos están obteniendo ventajas injustas, y temen el futuro.

Al igual que los demócratas, que vieron cómo muchos de sus partidarios de la clase trabajadora tradicional se alejaron para irse con Trump en estados clave como Michigan, donde los demócratas habían ganado sistemáticamente desde 1992, en las últimas tres décadas en Europa los socialdemócratas de centroizquierda han visto cómo sus votantes de la clase trabajadora tradicional en bastiones históricos han derivado hacia el nacionalpopulismo (a pesar de que no todos ellos provenían de la izquierda). Este proceso llevó mucho tiempo.

En realidad, hay que remontarse hasta 1995, cuando los nacionalpopulistas como Jean-Marie Le Pen surgieron como la elección más popular entre los trabajadores, sobre todo en zonas controladas históricamente por los socialistas o los comunistas. Casi un cuarto de siglo después, en 2017, el único grupo en la sociedad francesa que apoyó mayoritariamente a su hija en el enfrentamiento con Macron en la ronda final fue la clase trabajadora. Y este firme llamamiento a la clase trabajadora es válido en buena parte de Europa. Incluso antes de la crisis financiera, el experto Daniel Oesch halló que los votantes de la clase trabajadora tenían el doble de probabilidades que sus homólogos de clase media de votar a los nacionalpopulistas en Austria, tres veces más en Bélgica y Francia y

cuatro veces más en Noruega. A pesar de que más o menos la mitad de estos electorados estaba compuesto por trabajadores, unos dos tercios de los votos emitidos fueron para los nacionalpopulistas.

Mientras los trabajadores forman su núcleo, los movimientos populistas europeos han adquirido el apoyo de los socialconservadores, que comparten muchos de sus valores tradicionales y sus firmes inquietudes sobre temas como la inmigración, la seguridad de las fronteras y el orden público. Algunos de los nacionalpopulistas de más éxito también han conquistado a los propietarios de pequeñas empresas, a los trabajadores por cuenta propia y a las personas de clase media baja. Pese a la existencia de otros factores locales y nacionales, entre ellos la corrupción del partido mayoritario y una reacción al separatismo catalán, estos grupos fueron importantes para la victoria de Vox, que obtuvo casi el 11 % de los votos, en las elecciones andaluzas de 2018. Pero, al igual que con el *brexit* y Trump, han luchado sistemáticamente con profesionales de clase media con estudios universitarios, sobre todo los de sectores como la educación, la salud, la ayuda social, la cultura y los medios de comunicación.

LAS PRINCIPALES LÍNEAS DE FRACTURA

Esto nos lleva a una de las mayores líneas de fractura que atraviesan por la base el nacionalpopulismo en Occidente: la brecha educativa. Los debates sobre el tema acostumbra a centrarse en gran medida en los ingresos y los puestos de trabajo, pero la educación es en realidad mucho más importante.

Es asimismo una cuestión que se ha de tratar detenidamente. No es ni acertado ni justo representar a quienes apoyan el nacionalpopulismo como «incultos» y «estúpidos». Estos bur-

dos estereotipos son engañosos y solo contribuirán a afianzar la polarización. Así pues, debemos empezar por aclarar que muchos finalizaron los estudios secundarios, y un número nada insignificante fue a la universidad, al igual que uno de cada cuatro votantes del *brexit*, que poseían un título universitario. En Estados Unidos, el Grupo de Estudio del Votante calcula que algo más de una tercera parte del apoyo a Trump durante las primarias y más de dos quintas partes durante las elecciones presidenciales del 2016 provenían de blancos con títulos universitarios. Evidentemente, Trump no hizo un firme llamamiento a los titulados, pero no es correcto afirmar que Trump solo apeló a quienes carecían de estudios.

Los simpatizantes del nacionalpopulismo podrían asimismo haber decidido continuar sus estudios a través de otros canales, fuera del (cada vez más caro) sistema universitario, como una formación técnica, o bien mediante el aprendizaje personal. Y si bien muchos observadores interpretan la ausencia de un título universitario como una señal de fracaso, debería recordarse que muchos de estos simpatizantes tienen unos ingresos dignos, empleos a tiempo completo y disfrutan de un nivel de vida relativamente bueno. Solo una minoría de los defensores del libre mercado, partidarios de Trump, han ido a la universidad, pero ganaron en general mucho más que los demócratas. Trump obtuvo unos niveles de apoyo importantes de los estadounidenses que ganaban al menos 70.000 dólares anuales.

Sin embargo, es mucho más probable que quienes carecen de títulos universitarios voten por los populistas. Los electores blancos sin estudios superiores constituyeron unos dos tercios de la base de Trump en las primarias y unos tres quintos en su batalla electoral con Clinton. Si se observan los votantes más leales a Trump —los preservacionistas—, seis de cada diez dejaron de estudiar durante la enseñanza media o después de

terminarla, mientras solo uno de cada ocho asistió a la universidad. Los votantes demócratas tenían el doble de probabilidades que este grupo de haberse graduado y unas cinco veces más de haber realizado estudios de posgrado.

Esta división fue crucial para Trump. En 2012, Obama perdió el voto de los blancos sin títulos universitarios por veinticinco puntos. Sin embargo, cuatro años después, a Clinton le fue aún peor, y se calcula que lo perdió por treinta y un puntos, mientras que el desplazamiento de los votos en su contra en este grupo en los estados del Rust Belt a menudo duplicó el promedio. Estas pérdidas hicieron que los estados clave quedaran fuera de su alcance. Fue tal su importancia que algunos sugirieron que, incluso si Clinton hubiese conseguido repetir los niveles de participación de Obama entre los afroamericanos, aún podría haber perdido las elecciones.¹⁹ Clinton y su equipo deberían haberlo previsto. El llamamiento de Trump a quienes carecían de un título universitario se ha visto desde el principio. Durante las primarias, ganó en casi la totalidad de los más de 150 condados en que al menos ocho de cada diez personas eran blancos sin un título universitario.

Clinton y sus estrategias podrían asimismo haber sacado más del *brexit*, que tan solo cinco meses antes había mostrado claramente el firme llamamiento al populismo para quienes carecían de estudios universitarios. Sorprendentemente, el apoyo al *brexit* entre las personas sin formación académica alcanzó una media del 74 %. Es importante destacar que esta brecha educativa fue también mayor que las diferencias por clase social, nivel de ingresos o edad, lo que demuestra que suele ser la educación la que desempeña un papel preponderante.

Observemos la interacción entre la edad y la educación. Mientras que el 80 % de los británicos menores de treinta y cuatro años y con un título universitario votaron para que el Reino Unido permaneciese en el Unión Europea, solo un

37 % de sus homólogos sin titulación hicieron lo mismo.²⁰ En cualquier otro lugar de Europa, el nacionalpopulismo hace un llamamiento similar no a quienes carecen de estudios, sino a aquellos que tienen un nivel de instrucción medio, personas que han finalizado la enseñanza secundaria y en ocasiones han seguido estudiando, aunque en general no se han graduado en la universidad. En las elecciones presidenciales de Francia en 2017, si bien las personas con un nivel de estudios más alto se posicionaron a favor de Macron en lugar de por Marine Le Pen por una sorprendente proporción de 83:17, su margen de victoria entre los menos instruidos fue solo de 54:46.²¹

La brecha educativa es asimismo un motivo por el que pocas personas vieron venir a Trump. Los blancos sin títulos universitarios estaban escasamente representados en las encuestas de opinión, al igual que en los sondeos del Reino Unido. Esto era cierto sobre todo en los estados clave del Rust Belt como Míchigan, Ohio, Pensilvania y Wisconsin, donde los blancos sin estudios superiores superan fácilmente en número a los titulados universitarios. Esta es la razón por la que una respuesta obvia al revuelo del *brexít* y Trump consiste en garantizar que el muestreo de la votación capta este grupo crítico.²²

La brecha educativa es además fundamental porque ha mostrado que influye enormemente en nuestros valores y en el modo en que interpretamos el mundo que nos rodea. Quienes han ido a la universidad tienden a tener una mentalidad liberal cultural que da importancia a la tolerancia de las diferencias, tiene poco tiempo para las jerarquías sociales y da prioridad a los derechos individuales por encima de las identidades de grupo. En cambio, quienes carecen de estudios superiores se inclinan hacia una perspectiva socialconservadora que valora más conservar las jerarquías sociales, la estabilidad, el mantenimiento del orden y la tradición y se asegura de que las personas se adaptan al grupo más amplio.